

MARÍA TERESA CORTÉS

TORRE DE PALABRAS

Edición:
CARMEN PERALTO



II

razón de su existencia

CORONA DEL SUR

MCMXCI

BEN
82-3
COR
tor

Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 COR tor

Tít.: Torre de palabras

Aut.: Cortés, María Teresa

Cód.: 1004123906 R.45173 DEP



TORRE DE PALABRAS

R.45173



razón de su existencia

TORRE DE PALABRAS

R.45173



© La autora

Impreso en España

Depósito Legal: MA-1137-91

Imprime: grafiper. Jaime Serrano, 2 (29014-Málaga) Tlf. 25 63 70



Francisco Peralto: Collage. Segunda interpretación de la poesía.



MARÍA TERESA CORTÉS

TORRE DE PALABRAS

Edición:
CARMEN PERALTO



II

razón de su existencia
CORONA DEL SUR
MCMXCI

A Francisco Peralto

Esperó que el musgo verdeara la techumbre para aspirar así toda el agua de extinguidas albercas. Croan las ranas signos húmedos para encharcarse de improviso. Él oyó el impacto salpicar su milenaria sed petrificada en el gran desierto amarillo. Se sacudió la arena y avistó el mar en el ancho ondear de las dunas. Un grupo de jóvenes ataviadas con livianas túnicas entonaban un canto indescifrable. La resaca las sumergía en la profunda y secreta amplitud horizontal. Él, mientras tanto, soñaba con húmedos senos borboteantes. Reptando su cuerpo, atrapaba la ventisca con la lengua.



Después que el simún hizo calmo el paisaje, asomaron sus ojos llenos aún de sorpresa. Dejó una lágrima profunda para humedecer las osamentas de huestes nómadas que acamparon una noche de alacranes ...Y aparecieron opuntias y tamariscos. Desde su oblicua frente fue desplegado un grito que predispuso a la lluvia. Bajo palmeras umbrosas trenzó una estera para sobrevolar el último espejismo.

Cuando el sol se apostó en el cuadrante vernal, sucumbieron espantadas las nebulosas difusas hasta perecer en el abismo del olvido. Le tributaron culto a sus pergaminos desplegados por el cosmos. Y su voz, de elevado tono, descifró el enigma de Lucifer y la herida de la rosa, en él figurados. Apacentada la noche, escudriñó el silencio para revertirlo en metáfora y en trémula caricia. El mar se aposentó en una caracola y le regaló el sonido.

Sus amigos le tejían una cobija quechua para caldear un futuro copo de enero que persistiría amenazante en su caída. Sus amigos le modelaban un búcaro de arcilla blanca para la calima estival. Él, en la ambigua luz de la tarde, seguía conferenciando: verdades bíblicas, vías lácteas, ritmo a golpe de sangre, a los jóvenes poetas de asombrados gestos. Siempre enseñador de la palabra grata y del norte para los náufragos perdidos en un mar de luminosos enfurecidos, en plena calle. Sus amigos le tejían una cobija quechua... ...Le modelaban un búcaro de arcilla blanca.



Pasada la tormenta recia, paseó por el litoral quejumbroso de gaviotas; de naranjas que, arrasadas por las torren-
teras, ornamentaban las huellas de castillos derrumbados. Pedaleaba hacia la tarde, con el niquelado expuesto al óxido atalayado en la primera ola. Al violento estruendo de la marea contra las rocas abiertas de valvas. El cansino balanceo le condujo al éxtasis sobre los líquenes. Y aparecieron ondinas con ojos color del tiempo. Se adormeció lento, con Ulises en la memoria. Despejaba la oscurana.

Después de la atardecida, cuando el monte se hizo inalcanzable, oró salmos legítimos para conseguir que sus dudas persistieran. Su Dios amigo intuyó lealtad en la rebeldía de su oratoria y le concedió sobrevivir a la noche confusa. Antes que el alba llameara, todas las criaturas de las sombras, incluidas rapiñas, flexionaron su condición impía a su paso descalzo. Y acaso un mal sueño los metamorfoseó mariposas negras. Más tarde se posaron a la altura de su cintura y le horadaron su sangre ya extenuada. Él, entonces, proyectaba su futuro en papiros y en lienzos pajizos.

Al Sur, en un foro de más de cien mil oyentes, construyó una torre de palabras. Sobre ella ciñó una corona de argenterías de Damasco. Los ciudadanos de tunicelas comunes, y la regia stirpe, elevaron sus miradas todo el tiempo. Lo nombraron Creador de Luz en un ceremonioso ritual. Pero Él estaba lejos; frente al mar, aclarándose la turbiedad del cuerpo. Asumiendo el titubeo porfiado del sol, ya casi despeñado. El aire se enfureció y graznó el tiempo su medida. En un amago de desprendimiento le sobrevino el olvido a la memoria. Cuando llegó la oscuridad irremediable, un ángel de alas incandescentes remontó por las perdidas esquinas de la noche. Se produjo entonces un extraño eclipse.

Se expandía por la calle un extraño rumor melodioso, acompañado por el cimbrear de las aneas; la canción triste del hombre solo. A Él le suscitó, más aún, la ansiedad de su espíritu que ya nunca se remansó. Y descendió a los infiernos para comprobar los afilados perfiles del tirano. Soslayó a los cancerberos y obtuvo tregua indefinida. Cuando regresó a la calle, por escarpadas sendas, una multitud de manos agitaron pañuelos en señal de bienvenida. Los orfebres le tallaron una copa, con ella compartió el jugo báquico de la tierra. Entonaron un cántico, sin laúdes, cítaras ni dulzainas. Voces en un himno solidario, que Él compuso, conmemoraron la victoria de aquella olvidada y triste canción del hombre solo.

Él, con su sed infinita, y la palabra himno, rehabilitó enfermos capiteles de soledad y moho. Atrajo el verbo a su paisaje desolado. Y en la renuncia de sí mismo, comenzó a perfeccionarse, arrojándose a los brazos despiadados del tiempo. Cuando decidió el sueño, las pesadillas lo inquietaron: Una nube de colibríes de plumas brillantes y viscosas se adherían a sus manos, elevándolas. Esforzadamente se escaparon de entre sus dedos poemas libres, que fueron tropezando en los transparentes andenes repletos de viajeros que esperaban... Devuelto a la sedente conspiración de la muerte, se encontró rebosante de conjeturas. Argumentó para sí, el deseo solemne de albergarse de por vida en el verso. Exhibió el símbolo, y lo dispersó en el transcurrir cotidiano y vulgar de cualquier calle, donde los hombres, se tapaban las bocas de hambre y de colores. También codició el Sur; en él espera.



"TORRE DE PALABRAS", SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 19 DE JULIO DE
1991, EN GRAFIPER, DE MÁLAGA.

LAVS DEO